

MEDITACION XXVII.

Dia 8.

CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

PUNTO 1.

Considerar, qué momento tan triste y tan infeliz el primero de nuestra vida, pues en él comenzamos á ser, y en él tambien comenzamos á ser enemigos de Dios, y aborrecibles á sus ojos; mas no así María, pues el instante de su concepcion fué santo y lleno de gracia.

Ponderar, que esta santidad que Dios concedió á María, es tanto mas admirable, cuanto es mas singular: porque siendo una condicion tan general contraer todos el pecado original, por ser todos hijos de un padre pecador; sola María, por un privilegio sin igual y sin semejante, quedó exceptuada de esta formidable ley. En ella fué una misma cosa darla Dios el ser, y enriquecerla con todos los dones del Espíritu Santo.

Jeremías y el Bautista fueron santificados antes de nacer; pero la mancha de la culpa siempre afeó aquel ó aquellos instantes primeros de su concepcion; pero de esta felicísima criatura huyó siempre la culpa, y no hubo momento en que no la dijera el Señor, toda eres hermosa, y nada hay manchado en tí.

De donde sacarás muy debidos afectos de admiracion, en vista de tanta gracia concedida á María, y de un privilegio tal, cual ni se ha visto ni se verá jamás en ninguna de cuantas criaturas forman la inmensa posteridad de Adán. Dale el parabien, y suplicale, que pida por sus miserables hermanos, ya que ella vale tanto con Dios.

PUNTO 2.

Considera, que esta concepcion gloriosa llenó de honor á los cielos y la tierra, y fué de grande alegría para el hombre, para el Angel y para Dios. Se consoló el hombre, al ver una de su linage victoriosa de la culpa. Esperó el ángel ver completo el número de sus sillias. Y se alegró el mismo

Dios, al ver esta hermosa casa que para su habitacion fabricaba.

Ponderar, el grande empeño con que la Santísima Trinidad ordenaría todo lo necesario para la concepcion en gracia de esta criatura, en la que, desde la eternidad, puso los ojos, para que por su medio tuviera perfecto cumplimiento la obra mas importante y mas grande del Altísimo, cual es la Encarnacion del Verbo divino. Y siendo el objeto de esta obra excelsa la destruccion del pecado, ¡con qué cuidado lo alejarían de la que ya miraban el Padre como Hija, el Hijo como Madre, y como Esposa el Espíritu Santo! Es indispensable confesar: que si Dios se hizo hombre, María debió ser toda Santa, toda Inmaculada.

Saca de aquí, el dar infinitas gracias á Dios por los inmensos tesoros de gracias con que desde el primer instante de la vida enriqueció á María: pues si á Dios le iba su honor y gloria en concederla este don singularísimo, tambien logras por él tú y todo el género humano, la mayor felicidad y provecho que puede concebirse.

MEDITACION XXVIII.

Día 12.

APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE GUALUPE.

PUNTO 1.

Considerar, que diez años despues de conquistada la gran México por los españoles: cuando apenas se habia plantado el estandarte de la cruz; María, Madre de Dios, queriendo tambien serlo nuestra, apareció en el dichosísimo Tepeyacac, fijó sobre nosotros sus ojos de misericordia, y obrando maravillas, santificó esta tierra con sus purísimas plantas.

Ponderar, que no solamente alegró este suelo, dejando ver en él por algunos dias su apreciable rostro, y saludándonos con sus dulcísimas palabras, como lo hizo en otro tiempo en las montañas de Judá; sino que venciendo dificultades, y allanando cuantos impedimentos se presentaron,

con una estable y singular permanencia puso su habitacion en nuestros cerros, y á pesar de la injuria de los años, se conserva hasta el dia entre nosotros, siendo el imán de nuestros corazones, y el mayor tesoro, felicidad y riqueza de los mexicanos y de cuantos se acogen á su sombra.

Saca de aquí, el corresponder con una filial y verdadera devocion al amor, benignidad y empeño con que María de GUADALUPE ha venido á buscarte. No séamos ingratos ni insensibles al cariño de tal Madre; y pues ella quiere perseverar con nosotros, desviemos de nuestro corazon cuanto sea capaz de hacernos indignos de la estimable presencia de una Virgen tan pura y tan santa.

PUNTO 2.

Considerar, que fueron tantas, tan repetidas y tan admirables las demostraciones y pruebas, desde el momento en que bajó del cielo á visitarnos, que examinadas atentamente por la Silla Apostólica, prorumpió el Sumo Pontífice en éstas voces: *En nin-*

guna otra parte ha hecho María cosa semejante.

Ponderar, con qué puntualidad ha cumplido esta Señora su palabra de ser nuestra Madre y todo nuestro amparo. Sea que la hambre rigurosa nos cerque, que las pestes asoladoras nos ataquen, que la cruel guerra nos persiga, que las entrañas de la tierra conturbándose nos amenazen; para todo buscamos y hallamos el remedio en esa portentosa Imágen, que, como segura prenda de su proteccion, nos dejó María. ¡Con qué confianza, asegurada por la esperiencia, volvemos los ojos á los cerros Guadalupeños, como David los volvia á los montes de Jerusalén!!!

De donde sacarás, el imprimir sobre tu corazon esa hermosísima Imágen, para que en todas nuestras borrascas y tempestades sea la estrella que nos consuele, y la que calme y serene los vientos y tribulaciones que nos conturban. ¡O Santa Madre, ó María de GUADALUPE, responde á nuestra confianza con tu indefectible socorro!

MEDITACION XXIX.

Domínica tercera de Adviento.

PUNTO 1.

Considera lo que en este día nos refiere el Evangelio haber respondido el Bautista á los fariseos, que le preguntaban si él era el Mesías. No soy, les dijo, ni aun digno de desatar la correa de su calzado: el Mesías está en medio de vosotros; y vosotros no le conocéis.

Ponderar lo primero, la grande humildad del Santo Precursor: pues teniendo de él tanto concepto las turbas, que pudieron creerle verdadero Mesías, apartó muy léjos de sí semejantes ideas, confesó su pobreza y su nada, y dió á Jesucristo el honor y gloria, que á solo Jesucristo era debida. Ponderar lo segundo, lo mucho que Dios cuida de exaltar á los humildes, como lo tiene prometido; pues al paso que Juan se humillaba y abatía ante los pueblos que concurrían en el Jordán, el Señor lo engran-

decia, diciendo á sus discípulos: que Juan era su Precursor, que era el mayor entre los nacidos, y el mas grande de los profetas.

Saca de aquí, un justo aprecio de la humildad, apeteciendo en todo el último lugar, como aconseja Jesucristo. Ten presente lo que eres, para que busques y elijas para tí lo que toca á tu miseria, y dés á Dios lo que es de Dios, y así serás engrandecido en tus mismas humillaciones, como lo fué el Bautista.

PUNTO 2.

Considera, que á muchísimos cristianos se les puede repetir lo que decia S. Juan á los fariseos: que no conocemos á Jesucristo estando en medio de nosotros; porque si le conociéramos, ¿sería tanta nuestra indiferencia á sus beneficios, y tanto nuestro descuido en el cumplimiento de su voluntad?

Ponderar, que esta fué la infelicidad de los judíos, tener tan cercano á Jesucristo, y no reconocerle por su Mesías; y esta

puede ser igualmente nuestra mayor desgracia, tener tantas pruebas de la presencia de nuestro Salvador, y portarnos como si no le conociéramos. Porque, ¿de qué sirve una fe muerta, y una esperanza tan tibia? ¿Qué importa una confesion con los labios, desmentida con nuestra mala vida? Dia y noche está Jesucristo en nuestros altares; pero ¿cuánto es nuestro olvido de su presencia, y nuestra falta de respeto á un amor tan incomprendible!

Sea el fruto de esta consideracion, animar tu fe, y consolidar tu esperanza, con acciones de verdadera caridad. Si Jesucristo está con nosotros, si le conocemos como á nuestro Salvador, comprobemos nuestra fe con nuestro amor, y nuestro amor con la obediencia á su ley.

MEDITACION XXX.

Dia 18.

ESPECTACION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PUNTO 1.

Considera que aunque la Santísima Virgen, desde el dichosísimo instante en que fué constituida Madre de Dios, se mantuvo en un éxtasis continuado, bendiciendo la venida del Hijo de Dios á su seno virginal, y deseando su nacimiento para la salud del mundo; pero, acercándose el tiempo de su parto, no hay lengua que pueda explicar las vivísimas ansias con que deseaba que naciese este hermoso Sol de justicia, y con sus rayos alegrase toda la tierra.

Ponderar, qué diferencia tan grande entre las madres comunes y María Madre verdadera de este hijo divino. Aquellas, como que concibieron sujetas á mil defectos consiguientes al pecado, esperan con temores

y tristezas su parto, y paren rodeadas de peligros y dolores; pero María, ¡ó criatura sin semejante! María sola, como que concibió por un milagro nunca oído, por obra del Espíritu Santo, continuándose esta operación divina, penetrada de gozo y con inexplicables sentimientos de alegría, esperaba ver y tener en sus brazos, sin la menor lesión de su virginidad, al Hijo de Dios y suyo.

Saca de aquí, el imitar en lo posible los encendidos deseos de esta purísima doncella, y prevenido con la oración y un santo júbilo, abre las puertas de tu corazón, y pide con todas veras al cielo que nazca en él tu Redentor.

PUNTO 2.

Considera, que á proporción del perfectísimo conocimiento que la Virgen tenía de la grandeza infinita de aquel hijo santísimo que llevaba en su vientre, era el amor que le tributaba, y la vehemencia con que deseaba darle á luz, estrecharle en sus brazos, y alimentarle cariñosa con el leche de sus virginales pechos.

Ponderar, que aunque en Belén se halló falta de todo, sin encontrar posada ni quien la diera protección y abrigo, estando ya á punto de parir, quedó muy contenta y conforme con la voluntad divina, se recogió en una pobre cueva que la destinó la providencia, su espíritu se elevó en altísima contemplación, y juzgando que ninguna cosa faltaba á quien llevaba consigo todo un Dios, hincó sus rodillas junto á un humilde pesebre, y allí espera el instante que vá á completar su felicidad. ¡Angeles soberanos, descended del empíreo veloces para asistir á vuestra Reina: prevenid celestiales luces: y disponed vuestras cítaras y salterios, para celebrar la venida de vuestro Dios que ya vá á nacer.

Saca de aquí, el unirte con esos espíritus soberanos, y prepara desde luego tu corazón para dar posada al que no la halló en Belén. Levanta con María tu espíritu, pidiéndola reverente, que te haga participante del fuego divino que abrasaba su corazón, cuando penetrada de un entusiasmo divino, ¡ó cielos esclamaba, enviad de lo alto vuestro

rocío, luevan las nubes al justo, ábrase la tierra, y aparezca el Salvador!

MEDITACION XXXI.

Domínica cuarta de Adviento.

PUNTO 1.

Considera, que este domingo santo, este domingo cuarto de Adviento, debe exitar tanto mas nuestra devoción y nuestro fervor, cuanto mas se halla cercano á la grande y deseada festividad del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Ponderar, los vivísimos deseos que desde hoy muestra la Iglesia, y el ardor con que insta por esta santa venida, usando el language y espresiones de los antiguos Patriarcas y Profetas. ¡O cielos, dice, despedid vuestro rocío: luevan las nubes al justo: ábrase la tierra, y germine al Salvador! ¡O sabiduría, ó raiz de Jesé, ó llave de David, ó Rey deseado de todas las gentes, ó

Emanuel: ven, no tardes, ven é ilustranos, redímenos, y rompe las prisiones de los que estamos en esta cárcel, sentados en la sombra de la muerte!

De aquí sacarás, el procurar que se comuniqué á tu espíritu ese santo ardor de la Iglesia. Uniformate con ella, y sin cesar manifiesta los fervorosos deseos que deben animarte para la venida de tu Redentor. El retiro, la penitencia, el ayuno: hé aquí lo que dará eficacia á tus votos, y con lo que deberás prepararle á tu Dios una agradable morada.

PUNTO 2.

Considera, cuan justos son estos deseos que la Iglesia procura inspirar á sus hijos, sabiendo que estamos cautivos, tristes y enfermos, y es muy puesto en razon, que el cautivo suspire por su libertad, el affigido por el consuelo, y el enfermo por la salud.

Pondera, que es muy mala señal el no sentir este ardor en nuestros espíritus, y no imitar en estos sentimientos á la Iglesia: porque manifiesta que estamos muy halla-

dos con el tirano que nos ha esclavizado, pues no ansiamos por sacudir nuestras cadenas: manifiesta que no miramos á Jesucristo como nuestro libertador, segun la indiferencia con que vemos la proximidad de su venida: y manifiesta, finalmente, que no agradecemos la caridad con que viene á la tierra, supuesto que estamos tan frios, y sin preparacion alguna para recibirle.

De aquí sacarás, el corregir esa reprehensible frialdad, y entregándote á una seria reflexion de los inmensos bienes que nos trae la venida del Hijo de Dios, procurar que arda tu corazon en amor, y hacer que este tierno misterio esté siempre en tu memoria, para que obsequiando y sirviendo ahora á tu Dios como Niño, pobre y humilde, él te mire compasivo cuando venga á tomarte cuenta como Juez.

MEDITACION XXXII.

Dia 25.

NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PUNTO 1.

Considerar, que cumplido el tiempo señalado en las semanas de Daniel, verificados y realizados los vaticinios de los demás profetas, estando en paz todo el mundo, llegando el instante deseado de los justos y prefijado en los decretos eternos, el Verbo divino, hecho hombre en las entrañas de una purísima Virgen, nació, segun la carne, en Belén, para destruir el pecado y reconciliarnos con Dios.

Pondera, las importantísimas lecciones de humildad y pobreza que te dá tu Redentor desde luego que aparece en el mundo. El que con amorosa providencia tiene cuidado de todas las criaturas, proporcionando que las aves formen un blando nido á sus hijuelos, hoy aparece en Belén

falto de todo, sin otra casa que una desabrigada cueva, sin tener mas cuna que un pesebre, ni otra cama en que reclinarse que un poco de heno y paja que dejaron allí las bestias. Alma mia, acércate por un momento á ese establo, y compádecete de ver á tu Criador hecho Niño, y sufriendo por tí la inclemencia y crueldad de un invierno, y tiritando de frio.

De donde sacarás confusion y vergüenza, al ver el esmero que pones en tu vestido, muebles y casa. Estudia bien ese modelo, y aprende de él á desprenderte de todo lo de la tierra, persuadido de que esto es lo mas conveniente y provechoso, supuesto que te lo enseña Dios.

PUNTO 2.

Considerar qué admirable, qué alegre, qué grande y qué santísima noche, aquella que estando en su mayor silencio y en la mitad de su carrera, vió descender desde su real trono al Verbo Omnipotente del Padre, vestido de nuestra naturaleza, para habitar con los hombres y redimirlos.

Ponderar el asombro, la admiracion y el amoroso respeto con que María y José estarían ante aquel establo, adorando á todo un Dios en el recién nacido Niño. ¡Cuáles serían los sentimientos de aquellos dos corazones tan amantes, siendo testigos de este suceso esperado por tantos siglos! Pero, sobre todo, ¡cuál y cuán inefable sería la complacencia del Padre Eterno, al ver aquel Hijo divino, engendrado desde la eternidad entre los esplendores de los santos, que por un segundo nacimiento en el seno de María, aparece en la tierra dando fin á los vicios, destruccion á la iniquidad, reconciliacion al hombre, gozo al ángel, y sobreabundante satisfaccion á la divina justicia ofendida por el pecado!

Sea fruto de esta dulcísima contemplacion, acompañar al feliz y justísimo José, y á su verdadera é inmaculada esposa María, y dando con ellos gracias al Altísimo, por la inmensa caridad con que por amor nuestro nos envió á su Hijo, celebrar con santa alegría esta natividad, que nos ha traído nuestra suspirada redencion.